

# **Introducción**



UN PERSONAJE SINGULAR IRRUMPIÓ en la vida del escritor británico Malcolm Lowry en junio de 1951. Se trata de David Markson, un muchacho de origen judío que estudiaba literatura en la Universidad Columbia de Nueva York. Markson entró en contacto con Lowry por medio de una carta y le anunció su deseo de trabajar *Under the Volcano* (*Bajo el volcán*) como tema de su tesis.

Lowry, que habitaba junto a su esposa Margerie Bonner una rústica cabaña situada frente al mar en el pueblo canadiense de Dollarton, Columbia Británica, se sintió honrado al leer el contenido de esa audaz misiva y ofreció su ayuda. Se inició entonces una amistad que acompañaría a Lowry hasta el fin de sus días. El joven Markson, escritor emergente, fue su discípulo literario e imprimió constantes rayos de luz en uno de los periodos más oscuros del maestro, cuando las precariedades económicas, los problemas de salud y la inquisición alcohólica lo hicieron sentirse enfermo de “esa parte que solía llamarse alma”.<sup>1</sup>

A él dirigió Lowry algunas de sus cartas más sinceras y hermosas. En una de ellas, fechada el 27 de agosto de 1951 y titulada “Intervallo”, Lowry le aconseja: “Una cosa

que podrías hacer es indagar seriamente sobre los impulsos que intervinieron antes de que, digamos, leyese el *Volcán*, la teleología que te llevó hacia él”.<sup>2</sup>

¿Cómo interpretar esta sugerencia? Es como si Lowry generosamente afirmara: “el libro es tuyo; no tengas miedo de establecer un juego de espejos casi borgeano, una interlocución recíproca: ser buenos lectores significa ser leídos por lo que leemos”.

Si el manuscrito de *Under the Volcano* sobrevivió milagrosamente al incendio que destruyó la cabaña de Lowry en Dollarton un terrible día de 1944 –si la narración que transcurre bajo el volcán, cúmulo de fuego voraz, escapó de la ignición– podemos creer, por lo demás, que cierto designio teleológico condujo el libro hacia nosotros en primera instancia, creando la posibilidad del encuentro.

Para quien escribe estas líneas resulta casi inevitable ensayar un fantástico desplazamiento en el tiempo y el espacio, traducido en un interrogante: ¿y si, en virtud de algún azar misterioso, yo hubiese sido Markson?

Todo texto que seduce inexorablemente en cada trazo de su composición, al punto de volverse un texto propio, un escrito que se desliza hacia la propia vida como un conjunto de instantes pactados en un intervalo desconocido, supone imaginar el diálogo con su autor, artífice del enigma. Toda vida, como toda ficción, abre sus fauces al sentido quimérico de lo que ocurre porque cierta inefable articulación de los acontecimientos determinó que así se-

ría, porque las leyes del azar operaron en direcciones cuya especificidad sólo puede vislumbrarse tiempo más tarde.

La teleología –el entrelazamiento de finalidades o propósitos referidos a la estructura causal del mundo– que me llevó a leer *Under the Volcano* puede situarse en la lectura de esta novela que hizo hace muchos años una persona cuya ausencia *no cesa de aparecer mostrando y ocultando las cosas que ya no están como antes, y sin embargo permanecen*. Esa persona nació un 2 de noviembre, día en que transcurre el relato, y se introduce en el texto a través de la figura emblemática del escorpión (“*A curious bird is the scorpion. He cares not for the priest nor for the poor peon. . . It’s really a beautiful creature. Leave him be. He’ll only sting himself to death anyway*”).<sup>3</sup> Esa persona se preguntó por primera vez cómo sería México, paraje inextricable e inquietante, a partir del texto de Lowry, sin imaginar que el destierro lo conduciría a esa misma tierra de la memoria, precedida por oscuros volcanes, y que su propia sepultura se hallaría un día en los laberintos subterráneos del diáfano altiplano. Esa persona reconoció al personaje del Cónsul como un habitante de la intemperie, y de modo implícito, impremeditado, como un heraldo del alba, orientó la articulación del siguiente ensayo.

El presente trabajo es una aventura signada por lo que Roland Barthes concibió como crítica literaria en un texto de 1966: “Pasar de la lectura a la crítica es cambiar de

deseo, es desear, no ya la obra, sino su propio lenguaje [. . .] Así da vueltas la palabra en torno del libro: *leer, escribir*, de un deseo al otro va toda la literatura”.<sup>4</sup>

El sentido de aventura conlleva nociones de osadía, sorpresa, imprevistos, revelaciones, riesgo y desafío. Con esto no quiero decir que se trate de un trabajo fundado en la improvisación o en la pereza (que siempre posee cierto carácter mezquino). Se trata, mejor dicho, de una aproximación a la obra de Lowry que busca resguardar la posibilidad de asombro, la experiencia conjetural. La ausencia de obras críticas sobre *Under the Volcano* en la bibliografía obedece a mi intención de establecer con la novela un vínculo absorto, ávido, directo, exento de árbitros externos.

No es fácil rastrear los móviles profundos que trajeron a Lowry a México el 30 de octubre de 1936 –día señalado como comienzo del ritual del Día de Muertos. El escritor, nacido en Cheshire, Inglaterra, el 28 de julio de 1909, tenía entonces veintisiete años, una primera novela publicada –*Ultramarine* (1933)–, bocetos de otras dos obras –*In Ballast to the White Sea* y *Lunar Caustic*–, síntomas inmarcesibles de dipsomanía, la experiencia reciente de una desintoxicación alcohólica en el área de psiquiatría del Bellevue Hospital de Manhattan, y el sueño enloquecido de crear mundos y lenguajes a través de la escritura. Lo acompañaba su primera esposa, Jan Gabriel, con quien se asentó en Cuernavaca. Los anales de su historia personal señalan que en diciembre de 1937 Jan partió hacia Los

Ángeles y lo abandonó para siempre, como hiciera Yvonne con el Cónsul en *Under the Volcano*. A continuación, Lowry, “enfermo de disentería, paludismo y fiebres reumáticas”,<sup>5</sup> viajó a la ciudad de Oaxaca, donde permaneció hasta abril de 1938. Al parecer, sus horas en Oaxaca transcurrieron de modo intermitente entre cantinas, rejas carcelarias y el terror ineluctable de ser espionado por agentes o detectives con lentes oscuros.

No sólo deambulaba por las calles y corredores de la ciudad preso de borracheras descomunales, sino que se abocaba a manifestar opiniones liberales en un México subrepticamente controlado por la fascista Unión Militar, opositora de las reformas de Lázaro Cárdenas. Por otro lado, la nacionalización del petróleo mexicano había tensado las relaciones con Inglaterra. Lowry, según él mismo señala en algún sitio de su vasta correspondencia, trabajaba como corresponsal de un periódico inglés liberal y circulaba sin documentos; había dejado todo papel que acreditara su identidad y visa legal en manos de Alfred Miller, un amigo con residencia en la ciudad de México. Se cree que su condición temporal de indocumentado pudo ser el origen de sus encarcelamientos.

Poco después Lowry se marchó a Acapulco; más tarde pernoctó en la capital del país hasta que en julio de 1938 los abogados de su padre intervinieron para que dejara México con destino a Los Ángeles, donde fue internado de nueva cuenta para que se le practicase una cura

antialcohólica. Es difícil hallar un sentido último y cabal en este séquito de datos biográficos. La primera estancia de Lowry en México, henchida de acontecimientos inconexos, puede traducirse metafóricamente en la imagen de un descenso al pandemónium de su propia sensibilidad e historia de vida.

El resultado de este lapso caracterizado por una dolorosa transitoriedad y vehemencia creativa es lo que nos concierne: en México, Lowry concibió un aguafuerte centelleante de lo que años después, tras febriles reestructuraciones estilísticas, sería su obra cumbre, *Under the Volcano*. ¿Cómo fueron realmente los días de Lowry entre el 30 de octubre de 1936 y julio de 1938, jornadas que imaginamos como crípticas, negras, mefistofélicas y a la vez prodigiosas? La respuesta forma parte de su leyenda y del universo interno del libro perfilado “como si fuera el último grito de angustia de la conciencia de un continente moribundo, como una lechuza de Minerva volando en la noche, como el último libro en su género, escrito por alguien cuya especie ha muerto, incluso como una contribución final a la literatura inglesa, un relámpago postrero y un aullido”.<sup>6</sup> Imaginamos a Lowry en México como una silueta quebrantada que transitó la transparencia del aire absorbiendo signos sempiternos, abismándose en el desatinado y vital oficio de la palabra.

Publicado por primera vez en febrero de 1947 en Londres y Nueva York después de haber sido rechazado

por trece editoriales, *Under the Volcano* tuvo casi inmediatamente un éxito que Lowry, con un placer nunca exento de resquemor, actitudes hesitativas e ironía, consideró “indecente”: “Suecia, Noruega, Dinamarca, Alemania, China, Francia, y Dios sabe dónde más: primeras planas, toda clase de malditos honores, bibliotecas modernas y bebida y excursiones a la Rue Morgue”.<sup>7</sup> Se trata de una obra feroz e imponente, de un libro perfecto, perfectamente deslumbrante y a la vez poseedor de una belleza inconclusa, volátil, endemoniada.

Uno de los elementos que llama la atención al leer *Under the Volcano* es la sensación de que se trata de una auténtica y difícil experiencia de lectura. ¿Cómo explicar esta afirmación? La novela de Lowry no sólo se lee, sino que se experimenta; posee *algo* que hipnotiza, una multiplicidad resonante que envuelve e inquieta, cautiva y ahuyenta, que apela no sólo a un esfuerzo intelectual, sino también –y quizá sobre todo– a una apertura y exacerbación de las zonas emotivas, sensibles, sensoriales, instintivas del lector. Es como si, de mil maneras, el libro en sí mismo exigiera abrazar la plenitud de su sentido, responder a su fuerza de vida, concretar un acto absoluto de lectura, ser leídos por lo que leemos.

El libro exhorta a perder la compostura o impostura de lo que puede leerse difusamente, a medias, con sonido de fondo, sin reacción, respuesta o responsabilidad. El relato difícilmente deja intacto al lector (¿puede alguien que

se arroja a un precipicio salir indemne, aún cuando se trate de un despeñadero abstracto?). Quienes han leído y disfrutado este libro, lo exaltan y atesoran como un favorito entrañable. Si uno dedica unos instantes a hacer una pesquisa informal de opiniones entre lectores de *Under the Volcano*, con frecuencia las respuestas serán sorprendentemente vívidas en su admiración e ímpetu. Todos tendrán una anécdota iniciática, una historia heráldica de su encuentro con el libro.

El escritor español Jorge Semprún fue categórico: “Malcolm Lowry exige lectores exigentes. Somos unos cuantos”<sup>8</sup>. No es extraño percatarse, simultáneamente, de que muchos posibles receptores no pueden, no desean, o simplemente no están de ánimo para franquear ese resquicio, esa demanda crucial de reciprocidad y afinidad inherente al texto. Tampoco es insólito que muchas personas se refieran a este fenómeno o característica peculiar de la novela a partir de un interrogante: “¿no te pasó que, mientras la leías, sentías unas ganas inmensas de tomarte un tequila o un mezcal?”. Difícilmente dejaremos de responder de manera afirmativa a tal pregunta, puesto que *sentir esas ganas*, entre otras cosas, supone haber penetrado el texto, supone experimentarlo, establecer un contrapunto con el encantamiento o delirio alcohólico que trasvasa al relato.

¿Por qué ocurre esto? En principio, Lowry ofreció una metáfora divertida y substancial en una famosa carta dirigida a su editor inglés Jonathan Cape; impulsado por

un dictamen editorial erróneo y poco cuidadoso, en ella nuestro autor defiende *Under the Volcano* con un fervor irrefrenable y con la desesperación de quien sabe que tiene entre manos una obra importante. Argumentando la entera pertinencia y valor intrínseco del primer capítulo, Lowry diserta, irascible: “Si se *condiciona* al lector, aunque sea un poco, para que considere inevitable la lentitud del arranque [. . .], los resultados podrían ser sorprendentes. Si usted me dice: ‘Muy bien, pero el buen vino no necesita anuncios ni reclamos,’ lo único que puedo responder es lo siguiente: ‘Muy bien, yo no estoy hablando de buen vino sino de mezcal,’ y para beberlo, además del reclamo en la puerta de la cantina, una vez en el interior de ésta, el mezcal necesita acompañarse de sal y limón, y tal vez uno no lo bebería si no estuviera en una botella tan tentadora”<sup>9</sup>.

Lowry no podría haber sido más certero e incisivo en la cita precedente: en efecto, la novela se lee como se bebe un buen mezcal, a sorbos ásperos que deslizan el líquido omnívoro hacia la garganta creando un ámbito caliente, narcótico y disoluto en el interior del ser. Somos leídos por lo que leemos del mismo modo en que, en infaustas ocasiones, podríamos sentirnos “bebidos” por lo que bebemos, por la extática botella de mezcal. Somos leídos por lo que leemos seguramente porque el propio Lowry sintió, en términos simbólicos y a la vez prosaicos, que estaba siendo escrito por su obra. De mil modos, a lo largo de su

vida realizó cierto carácter arcano, oculto en la novela, siempre vinculado con su propio devenir. No sólo escribió la primera versión en lo que él llamaría su “época de eclipse”,<sup>10</sup> es decir, no sólo podemos tener la certeza de que el texto se relaciona intensamente con su propio alcoholismo, sino que en repetidas oportunidades habló de extrañas, alarmantes coincidencias entre vida y obra (tal vez la más perturbadora pueda fraguarse en la muerte de su amigo mexicano Juan Fernando Márquez –modelo de los personajes del doctor Vigil y de Juan Cerillo–, brutalmente asesinado en las inmediaciones de una cantina, como el Cónsul en *Under the Volcano*).

Por incógnitas razones, este escritor profundamente enraizado en el material autobiográfico como referente de su producción literaria vio que el juego de espejos entre vida y obra se replegaba, indivisible, sobre sí mismo, igual que una corrosiva adicción circunscribe la existencia en el doloroso espacio de la inevitabilidad y la muerte progresiva. El corolario es un texto que alguna vez definió como “un libro realmente bueno sobre un borracho”.<sup>11</sup>

Vale la pena en este punto citar lo que Stephen Spender aseveró sobre la indubitable y en ocasiones controvertida materia del alcoholismo en *Under the Volcano*:

*«I should dispose of what may seem to some readers a serious objection to this novel: the Consul's dipsomania. A book in which for three quarters of the time the hero is drunk may*

*seem too special, too much a case history [ . . . ] Under the Volcano is, it is true, perhaps the best account of a 'drunk' in fiction [ . . . ] By the time we have finished this novel we know how a drunk thinks and feels, walks and lies down, and we experience not only the befuddledness of drinking but also its moments of translucent clairvoyance, perfected expression».<sup>12</sup>*

Ciertamente puede resultar irritante leer un libro cuyo protagonista está perfectamente borracho la mayor parte del tiempo (o en el tiempo como totalidad circular); con toda seguridad al finalizar el libro hemos experimentado lo que siente y piensa un alcohólico. Me gustaría, sin embargo, ir un poco más allá, traspasar cierta frontera en el marco de la afirmación de Spender.

La experiencia de lectura se constituye de un rasgo o eje esencial: *Under the Volcano* no sólo es el relato sobre un borracho; es, ante todo, una narración que se articula en el espacio del delirio alcohólico, desde adentro de esa efusión trepidante.

El núcleo o línea transversal del relato equivale a ese sentido de desmesura y exceso. No hay un distanciamiento que nos permita dirimir dicha operación narrativa, es decir, que nos permita ser testigos disociados de lo que le ocurre al protagonista alcohólico. Lowry no delineó a un personaje alcohólico que pueda ser observado desde una sana, incólume distancia o singladura. En otras palabras, en *Under the Volcano* no presenciamos al alcohólico des-

de afuera, desde la tribuna del juicio o estigma como construcción social y recurso intelectual incircunscrito; lo percibimos, por el contrario, como realidad descarnada e incoercible, como experiencia subjetiva y urdimbre poética. Lowry creó, a lo largo del relato, un registro discursivo que se traduce en una tematización del alucinamiento alcohólico, o al menos en una seria interrogación a la posibilidad de llevarlo a cabo. Este trabajo se propone explorar la forma en que Lowry, de manera excepcional, transformó el inasequible universo del alcoholismo en una experiencia narrable.

## NOTAS A LA INTRODUCCIÓN

<sup>1</sup> Malcolm Lowry, *El viaje que nunca termina. Correspondencia (1926-1957)*, página 232.

<sup>2</sup> Malcolm Lowry, *Ibid*, página 239.

<sup>3</sup> "Un ave curiosa es el escorpión. No se preocupa por el sacerdote ni por el pobre peón... Es realmente una bella criatura. Déjenlo ser. De cualquier forma, él solo se agujoneará para morir". Malcolm Lowry, *Under the Volcano*, página 195.

<sup>4</sup> Roland Barthes, *Crítica y verdad*, página 82.

<sup>5</sup> Malcolm Lowry, *El viaje que nunca termina. . .*, página 147-148.

<sup>6</sup> Malcolm Lowry, *Ibid*, página 80.

<sup>7</sup> Malcolm Lowry, *Ibid*, página 178.

<sup>8</sup> Jorge Semprún, "Prólogo" de *El volcán, el mezcal, los comisarios (Dos cartas)*, página 20.

<sup>9</sup> Malcolm Lowry, *El viaje que nunca termina. . .*, página 114.

<sup>10</sup> Malcolm Lowry, *Ibid*, página 97.

<sup>11</sup> Malcolm Lowry, *Ibid*, página 204.

<sup>12</sup> «Puedo desechar lo que para algunos lectores puede ser una seria objeción a esta novela: la dipsomanía del Cónsul. Un libro en donde durante las tres cuartas partes del tiempo el héroe está borracho puede verse de manera muy especial, todo un caso [. . .] *Bajo el volcán*, ciertamente, es quizá la mejor ficción acerca de un "borracho" [. . .] Cuando terminamos la novela, sabemos cómo piensa y siente un borracho, cómo camina y se tira, y no sólo experimentamos la confusión de la embriaguez, sino también los momentos de clarividencia traslúcida y perfeccionada expresión». Stephen Spender, "Introduction" en *Under the Volcano*, páginas VII-IX.